

EL SUEÑO DEL DESIERTO



En Somalia los demonios son blancos. Se los llama *djinn* y están por todas partes. ¡Por todas partes! Se meten dentro de las personas y los animales y los hacen enfermar. Gastan bromas y te vuelven loco. Cuando dejas algo en algún sitio y de repente desaparece cuando te vuelves, sabes que hay un *djinn* que lo mantiene oculto. Mi madre les gritaba: «Eh, demonio, ¡aléjate de mis cosas! No son para ti; no te queremos por aquí». Mi madre lo sabía todo de los *djinn* y de cómo librarse de ellos. Conocía los cánticos especiales y cuando estabas malo sabía exactamente qué hojas o la corteza de qué árbol te sacaban los *djinn*. Cocía flores y raíces o nos las daba crudas para que las mascáramos, y guardaba hojas especiales y hongos en una bolsita de cuero. Podía leer el humo, el viento y las estrellas y sabía cuál era el momento propicio. Era respetada porque poseía un don: numerosos poderes mágicos. Recuerdo que, cuando yo era pequeña, la gente le llevaba animales enfermos.

Nací en el desierto somalí. No sé cuántos hijos tuvo mi madre; muchos de ellos nacieron para ser enterrados. Al igual que la mayoría de los somalíes, cuidábamos de camellos y cabras y vivíamos de su leche. Siguiendo la tradición, mis hermanos solían ocuparse de los camellos y las chicas nos encargábamos de los animales más pequeños.

Mi familia nunca permanecía en el mismo sitio más de tres o cuatro semanas. Una vez los animales se comían la hierba, teníamos que movernos y hallar otro lugar para que pastaran.

Un día, yo habría vivido unas ocho *gu* o estaciones de las lluvias, estaba cuidando de nuestras cabras no muy lejos de donde mi familia acampaba. Esa mañana me aventuré por los empinados bancos de arena del *tuug*, el le-

cho seco del río, hasta llegar a un lugar que había visto el día anterior. Allí había pastos frescos y algunas acacias. Las cabras más grandes se elevaban sobre las patas traseras y bajaban las ramas para poder comer las hojas más inaccesibles. En la estación de las lluvias, las cabras campan a sus anchas por el asentamiento sin que haga falta prestarles mucha atención, pero en la estación seca hay que buscar las zonas herbosas y no se las puede perder de vista ni un instante, pues los depredadores acechan tras los arbustos. Pasé la calurosa tarde sentada a la sombra, cantando cancioncillas para mis adentros y jugando con las muñecas que había hecho con palitos. Siempre supe lo que quería ser; incluso tuve una visión cuando era pequeña: conocí al hombre con el que iba a casarme. Hacía como que tenía una casa. Utilizaba piedras pequeñas para las cabras y otras más grandes para los camellos y el ganado. Construí una gran casa redonda de arena. La arena mojada era estupenda, ya que podía hacerla exactamente igual que nuestra pequeña choza, sólo que la mía era mejor, puesto que podía modelarla justo como yo quería. Mi madre construía nuestra choza y la cubría con esteras que trenzaba con largas hierbas para que pudiera cargarse deprisa en los camellos cuando nos mudábamos. Mi casita de juguete era segura y bonita, como la suya. Yo tenía un esposo e hijos y vivíamos lejos de mi familia.

El calor del sol parecía mantener cada cosa en su lugar a mediodía. Podía ver más allá del *tuug* arenoso, a un lado y a otro. Más tarde, de regreso al campamento, vi los malvados ojos amarillos de una manada de hienas vigiándonos a mí y a las cabras. Sentí miedo, pues las hienas son listas y si no estás alerta se interponen entre tú y una de tus cabras. Has de crecerte y fingir que no tienes miedo para que no presientan que sí lo tienes.

Blanquita, la cabra preferida de mi madre, alzó la vista y olisqueó el aire, de modo que también yo miré. Vi a un hombre caminando por la orilla del *tuug*, tirando de un camello con una cuerda trenzada. Por lo general, los camellos siguen a un camello guía que lleva un cencerro de madera. Éste tiene un sonido hueco y los demás van detrás, en fila india, como elefantes asidos al rabo del otro con su trompa. Este curioso camello se retorció de un modo extraño. No estaba forcejeando, temblaba y le salía espuma por la boca. De vez en cuando se detenía por completo y se estremecía. No había duda de que el animal tenía dentro un *djinn*, un demonio. Observé al hombre arrastrando al pobre animal por la cresta de la colina. De pronto se derrumbó, como un saco de huesos. El hombre le gritó y vociferó para que se levantara. Empezó a golpearlo con un palo justo en la panza, pero el camello seguía en el suelo, retorciéndose como loco en la arena. Pensé que debía de ser una *hahl*, una

hembra, y que estaba preñada, un animal valioso. El hombre se sentó y ocultó la cabeza entre las manos. Me sorprendió ver a un hombre adulto sentado en el suelo. Los nómadas permanecen en pie y descansan apoyando un pie contra el muslo contrario y los brazos en un palo colocado sobre los hombros, o a veces se acuclillan en el suelo. Nunca había visto a nadie pegarle así a un camello. En mi familia, los camellos eran valiosos. Un hombre que tiene camellos es un hombre poderoso. Puede venderlos o cambiarlos por una esposa y comprar todo lo que quiera. Son animales mágicos. Mi padre y mis tíos eran firmes con nuestro rebaño, pero nunca pegaban a los animales a menos que fueran obstinados y no les obedecieran. Los camellos son mezquinos y yo sabía mantenerme alejada de sus coces y mordiscos.

No dejé que me viera observándolo, temía que me pegara también a mí. Quería ir corriendo a casa y contárselo a mi madre, pero no me atrevía a dejar las cabras. Mi padre se enfurecería y me daría unos azotes si los animales se extraviaban o si una hiena mataba a alguno. Permanecí inmóvil como una cría de gacela sorprendida en campo abierto, apenas sin atreverme a respirar.

Finalmente, la *hahl* dejó de temblar. Miró alrededor un momento y pareció darse cuenta de que estaba tumbada en el suelo. Dio una sacudida para situar las patas bajo el vientre y se levantó de repente. Aunque era grácil, como la mayoría de los camellos, babeaba y espumajeaba. El extraño también se puso en pie –casi como si hubiera pasado por eso muchas veces– y empezó a tirar de ella de nuevo. Bajaron al *tuug* y subieron por el otro lado, hacia nuestro campamento. Pensé que debía de estar preocupado por su camella enferma. Si ésta moría, él perdería el animal y la cría y la posibilidad de tener más.

Ya ni me acordaba de cuánto hacía que el tiempo era seco y caluroso. Sabía que mis padres estaban preocupados, aunque no dijeran nada. No teníamos mucha agua, ya que los pozos del *tuug* cada vez estaban más secos. Habíamos trasladado el campamento varias veces con la esperanza de hallar agua para los animales. Una camella recién nacida había muerto durante la noche. Mi hermano pequeño, al que llamábamos el Viejo, ya que nació con el pelo blanco, la encontró por la mañana. Aun siendo tan joven, el Viejo siempre parecía enterarse de las cosas antes que los demás. Mi padre le dio un empujoncito a aquella cosa diminuta; era toda patas y cuello. Luego se quedó mirando al cielo sin nubes. Cuando el tiempo era seco, acudía constantemente al cielo y a Alá en busca de lluvia. No pudimos comer la carne de la cría, ya que en la religión musulmana es impuro comerse a un animal que no haya sido degollado, como debe ser. Los buitres volaban en círculos sobre

nuestras cabezas con tanta osadía que sus largas alas arrojaban su sombra cada vez que pasaban. Recuerdo el sonido del viento seco y el leve murmullo de mi madre rezando.

Por muy desesperada que fuera la situación, mi madre nunca faltaba a ninguna de sus oraciones diarias. Si una persona está enferma, sólo ha de rezar tres veces al día, en lugar de cinco, y tampoco tiene que postrarse, pero mi madre siempre rezaba cinco veces. Antes de orar, los musulmanes se lavan para estar limpios y puros cuando hablan con Dios. *Alá, que esta ablución purifique mi alma...* Apenas teníamos agua para sobrevivir o dársela a los animales, de modo que no había agua para lavarse. Cuando mamá no podía encontrar agua, se lavaba con arena. Cinco veces al día, sacaba cuidadosamente algo de tierra de debajo de un arbusto, para que ni la gente ni los animales la hubiesen pisado. La cogía en sus manos y se lavaba como si fuera agua. Se frotaba con ella la cara y los pies. Luego extendía la alfombrilla trenzada de la oración y se ponía de cara al Este, hacia la ciudad santa de La Meca, y rezaba, inclinándose y arrodillándose y salmodiando. *No hay más que un Dios, Alá, y Mahoma es su profeta...* El sol era nuestro único reloj. El tiempo se regía por las cinco oraciones diarias, al amanecer, a mediodía, antes de la puesta de sol, después de la puesta de sol y de noche.

Cuando mi madre terminaba su canto a Alá, enrollaba la alfombra y la metía en nuestra casa redonda. La había construido ella misma con las largas raíces del árbol *galol*. Extraía las flexibles raíces del suelo y las arqueaba formando una cúpula. A continuación las cubría con las esterillas que tejía con la hierba. En nuestra familia, mi madre era la trabajadora. Preparaba la comida, criaba a los niños, construía la casa, trenzaba las esteras en que dormíamos y elaboraba cestas y cucharas de madera. Era la cocinera, la constructora, la médica y mi única maestra. Mi madre no dijo nada de la cría de camello muerta, se limitó a seguir como si nada. «Si Dios quiere, las cabras tendrán leche esta mañana», afirmó. Decía eso mismo todos los días cuando íbamos a ordeñar las cabras y camellas. Mi madre tenía mano con los animales. Éstos permanecían inmóviles cuando ella los tocaba. Yo tenía que sujetar la cabeza del animal con las piernas, entre los pliegues del vestido, y doblarle el lomo para evitar que coceara o que cagara en el cubo cuando intentaba ordeñarlo. Pero con mamá parecían querer estar a su lado, permitir que les tocara sus sedosas ubres. Mamá bromeaba y cantaba mientras ordeñaba.

Blanquita fue la que más leche dio esa mañana, y mi madre la dividió entre los ocho que éramos. Miró a mi padre a los ojos, algo que rara vez hacía, y cuando le dio el cuenco de leche ambos lo sujetaron juntos por un instante.

Mi padre era tan fuerte que podía levantar la cabra más grande que teníamos. Era un daarood, el clan más grande y fuerte de toda Somalia. El apodo de los daarood es Libah, león. Era más alto que todos los hombres que yo conocía y tenía tan buena vista que podía distinguir a una gacela macho de una hembra en la llanura. Sabía que era apuesto porque veía a las mujeres bromear con él para llamar su atención.

Vi que el extraño llevaba a la camella a nuestro campamento. Yo sabía que no podía dejar las cabras, pero realmente deseaba averiguar lo que estaba pasando con aquel hombre resentido y su extraña camella. De pronto vi al Viejo al otro lado del *tuug* buscando madera. «¡*Calli, calli*, ven, ven!», grité, haciéndome bocina con las manos. Me preguntaba por qué estaba buscando leña. Pegó un salto y bajó al *tuug*.

–¿Qué pasa? –le chillé.

–Mamá quiere un fuego más grande –repuso–. Un primo ha traído un camello enfermo para ver si ella puede curarlo.

El Viejo tenía un rostro dulce bajo su sorprendente cabello blanco y unos ojos redondos de un marrón dorado, el color del incienso. Se parecía a mi madre, la verdadera belleza de la familia. Sin embargo nadie lo decía, ya que tan pronto uno lo hiciera atraería a un *djinn* y algo malo le ocurriría al Viejo.

–Viejo –grité–, ven aquí y dejaré que vigiles las cabras. Tengo que ver a mamá.

Mi hermano vaciló, pero estaba ansioso de que lo consideraran bastante mayor para cuidar de las cabras. Los chicos llegan a encargarse de los camellos, la tarea más prestigiosa, cuidando de las ovejas y las cabras cuando son pequeños. Por lo general no le dejaba acercarse, le decía que las asustaría. Pero hoy quería ver lo que estaba pasando tanto como para arriesgarme a recibir una zurra si el Viejo perdía alguna cabra.

Tenía miedo de que alguien se percatara de que había abandonado mis obligaciones, de forma que me deslicé sigilosamente hasta nuestra casa. De todos modos, nadie reparaba en otro chiquillo escuálido. Podía oler el humo del fuego y el té. Vi a mi hermana mayor sirviendo té en uno de nuestros vasos. Sostenía la tetera en alto y lo vertía dibujando un largo y fino chorro para que soltara al aire su aroma especiado. Era para mi padre y el extraño. En ningún momento los miró a la cara, sólo miraba al suelo, como corresponde a una mujer. Me preguntaba por qué no era mamá la que servía el té a los hombres.

La camella, que estaba junto a nuestra choza, comenzó a dar sacudidas y a retorcerse de nuevo. ¡Le estaba dando un ataque! Mi madre permanecía

agachada muy cerca, en la larga sombra vespertina de nuestra choza, observando. Seguía todo lo que el animal hacía, estudiándolo como si fuera a comprarlo. La camella era de color marrón claro, casi como la melena de un león, y su vientre estaba hinchado a causa de la cría. Tenía la carne desgarrada y las rodillas ensangrentadas de caerse al suelo. Mamá la miraba con tal atención que parecía paralizada, pero no de miedo. Me acuclillé en silencio detrás de ella, quería ser curandera y quería averiguar lo que hacía.

Mi madre miró a los hombres, que bebían su té. El extraño era un primo lejano de mi padre. No era tan alto como papá, su cabeza tenía una extraña forma y su cuello era largo como el de un avestruz. Lo observó mientras bebía el té y hablaba con mi padre de algún partido político y de los enfrentamientos en Ogaden. Estaba comprobando qué clase de persona era. Mamá contempló la sangre reseca y los pelos de la camella en el extremo de la vara del hombre. Se levantó y se acercó al animal lentamente, arrullándolo con ternura: «*Allah bah wain*», Alá es grande, cantaba. Posó su mano extendida en el carrillo de la camella y después, muy despacio, con delicadeza, recorrió con los dedos el largo cuello del animal, prosiguiendo por el lomo hasta llegar al vientre. La camella no se apartó, aunque no paró de temblar en ningún momento. Mamá le pasó la mano por el enorme estómago, sintiendo la nueva vida en su interior. El animal estaba tan flaco que se le marcaban las costillas, aunque llevara una cría en su seno. Mi madre puso la oreja en el vientre de la bestia y escuchó el latido de una nueva vida. Luego retrocedió lentamente y retiró con la mano parte de la espuma que manaba de los negros bellos del animal. La frotó una y otra vez en sus dedos y la probó. Abrió la boca de la camella y le miró la dentadura y la gruesa lengua. Cuando el animal orinó, ella cogió un poco de arena mojada y la olió. Parecía estar aguardando el momento adecuado, y observaba el sol hundirse poco a poco tras las lejanas colinas. Sabía cómo se movían las estrellas y cuándo cambiarían las estaciones, de las de *gu*, las de las lluvias, a las *hagaa*, las secas. Sabía exactamente cuándo había que hacer las cosas y cuándo era mejor esperar.

Mamá tomó el dogal trenzado y tiró de él hacia atrás. Obligó a la camella a *faardisimo*, a sentarse. Vi cómo volvía las largas orejas, una después de la otra, en dirección a la voz de mi madre. La bestia se sentó pesadamente. Primero dobló las rodillas delanteras; después, las patas traseras; y se sentó con ellas plegadas bajo su cuerpo. A los camellos se les enseña a arrodillarse porque son demasiado altos para cargarlos si están en pie. Mamá se agachó, de forma que la cabeza de la camella quedaba exactamente a la misma altura que su rostro.

Ahora reinaba el silencio en el campamento. Los hombres habían dejado de hablar; las mujeres, de hacer ruido con las cacerolas. Hasta el humo del fuego parecía estar esperando. Mamá alzó las manos y las colocó a ambos lados de la cara del animal, como si fuera un ser humano. Lo miró directamente a los ojos y le dio unos suaves sopapos. «¡Sal de aquí, demonio, fuera de aquí! ¡No se te quiere!» Sabía exactamente cuántos sopapos había que darle y con cuánta fuerza para hacer que el *djinn* saliera. Agarró el amuleto de cuero que llevaba al cuello y, pronunciando unas palabras sagradas del Corán, lo acercó al hocico del animal, la entrada al alma. Durante un buen rato, el animal se mantuvo del todo inmóvil. Luego el temblequeo cesó y comenzó a masticar como hacen los camellos cuando están descansando.

Mamá se puso en pie y se cubrió el rostro con su pañuelo antes de dirigirse a mi padre y su primo. Bajó la vista al suelo y les dijo que un espíritu maligno, un *djinn*, se había apoderado de la camella y había provocado sus ataques.

–Pronto tendrá a su cría –les comunicó mamá–, antes de que la luna esté oscura. El *djinn* tembloroso se ha ido ahora, pero el animal necesita descansar, y más comida y agua hasta el momento de parir. Eso le ayudará a rechazar al *djinn* si vuelve.

–No comerá –aseguró el primo.

–Tiene miedo del demonio –explicó mi madre–. Debes mimarla y hablarle con suavidad, y entonces comerá y engordará.

–*Hiiyca*, entiendo –asintieron mi padre y su primo al unísono.

–Mataremos una cabra, celebraremos un festín y rezaremos a Alá para que mantenga alejado al *djinn* –afirmó mi padre.

Yo debí de pegar un salto al oír la palabra cabra, pues mi padre miró hacia donde yo estaba y me vio. Extendió la mano y me agarró el brazo antes de que pudiera escaparme. Me atrajo hacia sí y me dio tal bofetón que me hizo sangrar la nariz. Antes de que pudiera pegarme de nuevo, logré liberarme y corrí hacia el pastizal. El fondo del *tuug* estaba más oscuro que el cielo y no podía ver nada en la creciente neblina. Tropecé con las afiladas piedras y las espinas de los arbustos *galol* me desgarraron la piel. En la oscuridad oí balar a *Niña*, una de las cabras. La llamábamos *Niña* porque hacía mucho ruido. El Viejo iba por el *tuug* y las cabras lo seguían obedientemente. Me alegré tanto de ver su pelo plateado entre las sombras que me eché a llorar y no podía parar. Tenía el brazo dolorido, y sabía que mi padre me pegaría de nuevo cuando volviera. Quería sentir en la cara las manos de

mi madre, en lugar de ese cruel bofetón. ¿Por qué un camello era más importante que una hija?

Algunos años después, cuando me consideraron lo bastante adulta como para darme en matrimonio, huí de mi padre y de la dura vida somalí, pero en muchos sentidos el mundo occidental fue más duro todavía. El bofetón de un padre era mejor que la soledad que sentí en el mundo moderno. Cuando me encontraba sola en un hotel, en América o en Gran Bretaña, con los demonios haciendo girar la habitación, anhelaba el roce humano –aunque fuera un bofetón– de unas manos que me amaran. Los ojos me ardían y estaban hinchados de tanto llorar. Tenía la sensación de estar perdida y de que mi vida no tenía sentido. En Somalia la familia lo es todo. Las relaciones son tan esenciales como el agua y la leche. El peor insulto que se le puede decir a alguien es: «Ojalá las gacelas jueguen en tu casa», lo cual quiere decir que ojalá desaparezca tu familia. Las gacelas son tímidas y jamás se acercarían a una casa que no estuviera abandonada. Para nosotros estar solos es peor que la muerte. Yo no tenía familia cerca y mi relación con mi prometido, Dana, se había deteriorado. Quería encontrar a mi madre, pero cuando le pregunté a un somalí por Somalia me dijo: «Olvidate de Somalia. Ya no existe». Sus ojos estaban muertos, como si la luz de su corazón se hubiese apagado. Era como si me hubiera dicho que yo ya no tenía madre. No puede ser cierto. Si Somalia no existe, entonces, ¿qué soy yo? Mi lengua, mi cultura y mis costumbres son únicas, incluso nuestro aspecto es característico. ¿Cómo puede desaparecer un país como el agua de un *tuug*?

Ahora nos encontrábamos en el 2000, diecinueve años después de mi huida. Mi país estaba asolado por el hambre y la guerra y yo no sabía qué había sido de mi familia. Me hallaba en Los Ángeles para dar una charla sobre la mutilación genital femenina. Accedí a hablar, aun cuando me resultaba difícil. En 1995 violé un fuerte tabú tradicional y hablé públicamente de mi propia circuncisión. Me había convertido en portavoz de Naciones Unidas para este asunto, pero cada vez que hablaba ello despertaba en mí dolorosos recuerdos emocionales y físicos. Lo cierto es que cuando era pequeña le suplicaba a mi madre que me lo hicieran, pues había oído que me haría limpia y pura. Cuando no era más alta que una cabra, mi madre me sujetó mientras una anciana me seccionaba el clítoris y la parte interna de la vagina y cosía la herida. No dejó más que una minúscula abertura, del tamaño de la cabeza de una cerilla, para orinar y menstruar. En su momento yo no tenía idea de lo

que estaba ocurriendo, ya que nosotros jamás hablábamos de ello. Era un tema tabú. Mi hermosa hermana Halimo murió a consecuencia de aquello. Aunque nadie de mi familia me lo dijo, estoy segura de que se desangró o murió de una infección. Las mujeres *midgaan* que practican la circuncisión utilizan una cuchilla o un cuchillo afilado en una piedra para hacer el corte. En la sociedad somalí se las considera intocables, ya que proceden de una tribu que no es descendiente del profeta Mahoma. Usan una pasta de mirra para detener la hemorragia, pero cuando las cosas van mal no tenemos penicilina. Más adelante, cuando una chica se casa, en la noche de bodas, el novio intenta abrir a la fuerza la infibulación de la novia. Si la abertura es demasiado pequeña, se abre con un cuchillo. Después de años de lucha, me di cuenta de que en realidad es una mutilación, pero así y todo me sentía angustiada cuando hablaba del tema: temía que algo malo pudiera pasarme por violar el código de silencio.

Ya era tarde cuando llegué al hotel donde se celebraba la conferencia y no sabía que había distintos eventos en otras muchas estancias. Me costó enterarme de a dónde se suponía que tenía que ir. Finalmente, alguien me mandó al salón de baile. Cuando abrí la puerta de doble hoja, me quedé de una pieza al ver a quinientas o seiscientas personas en aquella sala gigantesca. La presidenta, Nancy Leno, ya estaba sentada en el estrado con los demás ponentes. En situaciones similares, he aprendido a actuar como si supiera exactamente lo que estoy haciendo. Respiré hondo, alcé la cabeza y subí los pequeños escalones del lateral del estrado. Nancy se levantó y vino a saludarme. Me transmitió cierta tranquilidad y su amabilidad consiguió calmarme.

Participé en un debate con una abogada especializada en la obtención de asilo y una médica sudanesa. Ambas mujeres contaban con datos y cifras que respaldaban cada una de sus palabras. Se calcula que alrededor de setenta millones de mujeres han sido víctimas de esta tradición ancestral, si bien los orígenes del procedimiento se pierden en su enorme secreto. En todo el mundo se practican distintos grados de severidad. *Sunna* es la extirpación del clítoris. La escisión elimina asimismo los labios. Las chicas somalíes sufren la forma más severa de mutilación genital femenina, la denominada circuncisión faraónica o infibulación. En ella se extirpan el clítoris y los labios menores de la vagina, y la herida se cose hasta que queda prácticamente cerrada, dejando únicamente una pequeña abertura para la sangre y la orina. La médica dijo que la mutilación genital femenina (MGF) se llevaba a cabo en el 84% de las niñas egipcias entre los tres y los trece años. Tampoco se limita a los

países musulmanes: más de seis mil niñas de países occidentales sufren ahora esta práctica.

Traté de explicar lo que me ocurrió a mí cuando era pequeña en Somalia, así como mis dificultades al orinar y menstruar. Mi madre me dijo que no bebiera para que la abertura siguiera siendo pequeña y que durmiera de espaldas para que la herida cicatrizara plena y limpiamente. Ella creía que eso me aseguraría el futuro, ya que a las niñas con los genitales intactos se las considera impuras, putas movidas por impulsos sexuales. Ninguna madre estimaría a tales niñas esposas apropiadas para un hijo suyo. Mi madre, al igual que toda mi gente, creía que la infibulación la imponía el Corán. Hablar de mi mutilación era una bendición y una maldición a un tiempo. Me alegraba que la gente quisiera hacer algo contra tan cruel costumbre, pero yo tenía que revivir el dolor y el sufrimiento que ello me había causado. Cada vez que hablaba de la mutilación genital femenina hablaba contra algo en lo que mi madre, mi padre y mi gente creen. Censuraba a mi familia y una tradición que era muy importante para ellos. Quería sanar a mujeres que habían pasado por tan dolorosa experiencia, pero me convertí en una enemiga de mi propio país. Si siguiera viviendo con mi familia, jamás me habría atrevido a decir nada en público. Me sentía asustada y angustiada siempre que hablaba de la mutilación genital femenina. En mi cultura hay cosas de las que no se habla; nosotros no hablamos de los muertos ni decimos que alguien es guapo. Tenemos numerosos secretos, ya que si se habla abiertamente de ello puedes estar seguro de que ocurrirá algo terrible. Me disgustó que la abogada afirmara que la circuncisión femenina era en realidad una tortura. Mi madre no hizo que me torturaran. Pensaba que me estaba volviendo una mujer pura. Una mujer que sería una buena esposa y madre de sus hijos y un honor para su familia.

Después de hablar, muchas personas del público querían saber más, pero yo estaba avergonzada y tenía la sensación de que no podría decir nada más, de que mi parte de la exposición había sido terrible. Abandoné el auditorio por una puerta lateral, subí al ascensor y apreté el botón del piso diecinueve. Siempre me asusta subir tan alto en los edificios. Cuando era pequeña, mi mundo era plano y abierto, y sentir que el cuerpo asciende en una caja tan pequeña siempre me pone nerviosa, es tan antinatural...

Cuando introduje la tarjeta en la ranura y coloqué en la puerta el letrero de «No molestar» me temblaba la mano. Eché las cortinas marrones para impedir que entrara la luz del sol. Era un día claro, sin nubes, y me recordó a mi hogar en el sur de Somalia. Abrí el minibar y un *djinn* me sonrió. Me dijo: «¡Bienvenida! ¡Bienvenida!». Cogí las botellitas de ginebra, ron y *whisky* y me

metí en la cama con ellas. Cada botella era un demonio distinto, y me las bebí todas, una tras otra.

Mi madre podría haber mantenido alejados a los demonios, pero no tenía ni idea de dónde estaba, ni siquiera de si me conocería aún. Ella no entendía lo de las fotografías, por no hablar de lo de ser modelo. Nuestro clan me sacaría los ojos si supiera lo que estaba diciendo de nuestra cultura. Quería ser una curandera como mi madre, pero hablando en contra de la MGF la insultaba. Ella me enseñó a no decir nunca nada mezquino, ya que lo envías al universo, se queda allí y ya no puedes recuperarlo. Un ángel negro, Malick, está sentado en un hombro, y un demonio blanco, Behir, en el otro. Cuando Behir hacía que mi madre dijera algo desagradable, ésta le pedía a Malick que lo retirara. «¡Retíralo! ¡Retíralo!», decía en el acto, antes de que llegara demasiado lejos. «¡Lo retiro! ¡Lo retiro!», grité, pero sabía que era demasiado tarde. Todas las cosas horribles que había dicho de mi gente estaban por el universo. No había modo de retirarlas.

Deseé quedarme en esa habitación toda la vida. Me tapé la cabeza con las sábanas y me acurruqué como una tortuga. Estaba asustada y sola: un fracaso inútil. De mi pecho brotaron grandes sollozos que se abrieron paso a empujones hasta salir por la boca. Llevaban mucho tiempo atascados en la garganta. El miedo destruía cualquier pensamiento. Cuando por fin me dormí, soñé que no era capaz de dar con las cabras, se habían extraviado y yo las buscaba por todas partes. Me sangraban los pies de tropezar con las piedras y los espinos. Las oía gimotear, pero no podía encontrarlas. Cuando me desperté, vi que era yo la que estaba llorando.

Aunque en realidad no me importaba lo que me ocurriera, el suicidio era impensable. Mi madre me dijo que conoció a una chica de quince años que se quemó viva porque sus padres se negaban a dejarla casarse con el chico al que amaba. Éstos no la enterraron, y ni siquiera los buitres se acercaron al cuerpo. Cuando abrí el grifo en el baño de resplandecientes azulejos para darme una ducha, no podía pensar más que en mi madre, lavándose con tierra, y yo allí dejando que galones de agua se fueran desagüe abajo. Me quedé mirándome en la pared de espejos. Mi madre es una mujer extraordinariamente hermosa, pero nunca ha visto su imagen reflejada en un espejo. No sabe cómo es su rostro. Me miré el cuerpo y sentí vergüenza de mis piernas. Están corvas a causa de la desnutrición infantil, y he perdido algunos trabajos de modelo por ese motivo. Al igual que los demonios que aguardan en los cruces de carreteras, la amenaza del hambre siempre está presente en Somalia. Me preguntaba si alguien de mi familia seguía con vida. Las noticias eran poco

frecuentes y siempre terribles. El Viejo, mi hermano, había muerto y mis hermanas Aman y Halimo también. Unas balas perdidas que entraron por la ventana de la cocina en Mogadiscio, durante las luchas políticas entre tribus, habían matado al tío Wold'ab, el divertido hermano de mi madre que tanto se le parecía. Mi madre recibió un disparo, pero seguía viva. No sabía nada de nadie más.

Yo me escapé cuando tenía unos trece años porque mi padre intentó darme en matrimonio a un anciano. En Somalia los hombres deben pagar un precio por una virgen, y ese anciano medio calvo que se apoyaba en un bastón ofreció varios camellos por mí. La mujer no tiene voz ni voto; las mujeres han de casarse. No hay otra forma de vivir en el desierto. Aparte de la prostitución o la mendicidad, no hay trabajos para mujeres solteras. De algún modo sabía que cuidar de las cabras y aguardar a un anciano no era para mí. Desobedecí a mi padre y huí. Mi madre me ayudó. La verdad es que no sé por qué. Quizá no quería que tuviera un mal esposo. Ella me enseñó la canción:

*Eres tú la que viaja hacia la oscura noche
sólo para casarte con un marido mal elegido
que te golpea con un cayado de pastor.
En la pelea es tu pañuelo el que se desata.*

Ahora, sola y borracha, con los demonios a mi alrededor, sentía la ausencia de mamá. Sabía que ella podría ayudarme. Después de tener a mi hijo Aleeke, ansiaba tener conmigo a mi madre, sus brazos en torno a mí y su voz susurrándome suavemente al oído: «Todo va a salir bien». No importa lo que haya pasado entre vosotras, no importa lo distinto que haya sido vuestro viaje en la vida, cuando tienes un hijo quieres tener contigo a tu madre. Cada vez que sostenía en mis brazos al pequeño Aleeke, que ahora tenía tres años, echaba de menos mi casa en África y a mi madre, que es parte de África.

Mi madre cree en Alá con cada gota de sangre de su cuerpo. No puede respirar o hacer nada sin Alá. No puede moler el grano u ordeñar las cabras sin dar gracias a Dios. Así es como me enseñó a vivir y eso es lo que amo de ella. Al vivir en Occidente, perdí esa clase de vida en la que estás en contacto con Dios a cada paso. Empecé a sentir que lo perdería todo si no volvía al hogar de mi alma en el desierto.

Mi nombre, Waris, significa Flor del Desierto en somalí. Los pétalos ovalados de la flor del desierto son de un amarillo anaranjado, y este pequeño arbusto se inclina para acoger la tierra de Alá entre sus raíces. En Somalia a ve-

ces puede pasar un año sin la bendición de las lluvias y, aun así, de algún modo esta planta sobrevive. Cuando las lluvias por fin hacen su aparición, al día siguiente verás brotar las flores. Surgen de las grietas de la tierra como si fueran mariposas nómadas. Estas delicadas florecillas decoran el desierto cuando nada más sobrevive. Una vez le pregunté a mi madre: «¿Cómo diste con ese nombre?» Ella se limitó a hacer una especie de broma al respecto y repuso: «Supongo que porque eres especial».

Lo que me viene a la mente cuando pienso en mi nombre es que soy una superviviente, como la flor del desierto. Mi alma también lo dice. Después de todo lo que he pasado, me siento como si tuviera 130 años, a veces más. Sé que ya he estado aquí antes una y otra vez. Cuando pensaba en las cosas buenas y malas de mi vida, sabía sin duda alguna que me las arreglaría para sobrevivir. No sé por qué mi madre escogió esa planta, no sé por qué Alá me escogió, pero ambas cosas casan a la perfección. Lo sé.

Si creces en Somalia, sabes lo que es levantarte y seguir cuando no tienes fuerza. Eso es lo que hice, levantarme de aquella cama y continuar. Sabía que quería encontrar a mi madre. Quería regresar al lugar en que nací y verlo con unos ojos nuevos. Sólo que no sabía cómo hacerlo, parecía imposible dar con mi familia, casi tan imposible como que una chica que cuidaba camellos llegara a ser modelo.